

es la causa de que en muchos sacramentarios se encuentren tan variadas; pero sin embargo, aunque se diferenciaren en el estilo, entraban siempre en el mismo espíritu. En efecto ellos mostraban á Jesu-Cristo una humilde confianza, un vivo reconocimiento, y el temor necesario, ó de llevar al Altar disposiciones insuficientes, ó de perder de vista la grandeza de sus beneficios. Dexemos pues á nuestro corazón algunas veces el cuidado de probar á Jesu-Cristo nuestro amor y gratitud; y quando nos auxiliemos con estas oraciones para excitar en nuestras almas sentimientos tan santos, tengamos muy presente que su sangre, que es nuestra vida en este sacramento, es también, si somos fieles, la prenda de la bienaventuranza eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

PERCEPTIO CORPORIS TUI.

EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO A LOS CORINTHIOS,
cap. 11. v. 39.

Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio.

ESTAS palabras parecen á primera vista mas propias para desanimar á los Cristianos que para fortalecer su confianza. Hemos mirado hasta de presente la santa Eucaristía como un Sacramento de amor de parte de Jesu-

Cristo, y como un vínculo de caridad para el que le recibe: resta tratar de los peligros de una Comunión sin la preparacion debida, á fin de poder repetir con el Sacerdote las palabras que forman la última oracion de las dos que tiene consagradas la Iglesia. Ellas anuncian al Ministro, é inspiran á los fieles los mas justos sentimientos de temor, como que este es el único medio que nos da el acceso al Santuario de Jesu-Cristo, si está fundado sobre la humildad y la confianza. El Cristiano que se detiene algun tiempo á los pies del Altar estimulado de esta justa temidez, no pone sus manos temerarias sobre el Arca del Señor, ni la mira con ojos indiscretos, sino que confiesa que á su pesar es indigno del beneficio que se le prepara. En efecto despues que ha puesto de su parte las diligencias posibles para limpiar su alma de las manchas que la afeaban á los ojos de su Dios, oirá la repuesta consoladora que le dará su conciencia para animarle á pedir á Jesu-Cristo las disposiciones de que carece su corazon. Para que yo pueda daros á conocer esta importante ver-

dad, y enseñaros el uso que debeis hacer de ella, prestadme atencion.

En las diferentes oraciones que sirven de preparacion para la consumacion del augusto Sacrificio del Altar, nos quiere inspirar la Iglesia la humildad mas sincera como que es el fundamento principal para sacar el fruto que nos proponemos. Por de contado ha inspirado á sus Ministros la necesidad de pensar en sus pecados, y de pedir como lo hacen en la oracion precedente la firmeza de la union que van á contraer con Jesu-Cristo; pero todavía esto no era bastante para inspirarles un temor saludable, y recordarles los sentimientos de confianza y de verdad; y por tanto y teniendo presente la facilidad con que olvida y desatiende el hombre aquello que no hiera inmediatamente sus sentidos, ha tenido por conveniente recordarle en esta oracion la preparacion que debe llevar al Sacramento.

La participacion de tu Cuerpo, ó Señor Jesu-Cristo, que yo indigno me atrevo á recibir, no me sea en juicio y condenacion; sino que por tu piedad me sirva de defensa para mi alma

y cuerpo, y de un remedio saludable. Estas ideas son muy sencillas por sí mismas, y la Iglesia en este modo de orar nos enseña que á Dios no se le obliga ni con las muchas palabras, ni con expresiones enérgicas; y que así quando carecemos de eficacia para suplicarle, no debemos imputárselo á nuestro propio entendimiento, sino á la depravacion de nuestro corazon, ó á la frialdad de nuestros sentimientos. En efecto; hay alguna cosa mas expresiva que poder decir en el momento de la Comunión que estas palabras que pone la Iglesia en la boca de sus Ministros: *La participacion de tu Cuerpo, ó Señor Jesu-Cristo, que yo indigno me atrevo á recibir, no me sea en juicio y condenacion?* A Jesu-Cristo pues le toca, hermanos míos, el infundir en nuestro corazon sus gracias. ¿En dónde estaríamos si nos abandonase este Señor á nosotros mismos para obrar esas disposiciones de humildad, de amor y de fervor que exige de los Cristianos que convida á la mesa? Esa sequedad que experimentamos en las oraciones habituales, ese disgusto é indiferencia en las grandes solemnidades que ce-

lebra la Iglesia, ese espíritu de ligereza que se hace mas sensible quando mas nos queremos recoger, todo nos prueba que entregados á nosotros mismos, no presentariamos á Jesu-Cristo sino corazones frios, y quizá llenos de amor propio. Haced, pues, Señor Jesus, lo que no podríamos, ó no estaríamos en estado de desear ni de hacer si vuestra gracia no nos lo inspirase: haced que vuestro cuerpo adorable no sea para nosotros uno de esos alimentos corporales que se toman por pura necesidad, que no se desean ni se estiman sino para saciar el hambre, y que pudiendo reemplazarse por otros de mas gusto, no parecen de ningun mérito para los que lo reciben. La participacion de vuestro Sacramento nos procura en un alimento solo quanto basta para satisfacer el deseo, y llenar la capacidad del alma. Este alimento incorruptible, preparado para nosotros desde la misma eternidad, sirve para nuestro consuelo en el destierro, y para darnos un seguro de la vida eterna; y así quando le recibimos, podemos decir que gustamos de antemano las dulzuras de la eternidad.

En este momento me propongo to-

mar este alimento divino : ¿ pero qué digo ? ¿ Podré confiar en mis deseos y en vuestras misericordias para atreverme á pedirlo ? Obedeciendo el mandato que me habeis puesto de comer este pan y de beber este cáliz, sofoco en este instante el grito interior de una conciencia, que aunque purificada por vuestra sangre, no tiene en sí la santidad que exige vuestro Sacramento. Mi espíritu se ve fatigado con mil distracciones. Luego que me he postrado á los pies de vuestro Altar, han asaltado á mi imaginación una muchedumbre prodigiosa de pensamientos importunos, de objetos que detesto, de deseos que condeno, y de memorias que procuro apartar de mí. Yo quisiera ser unicamente vuestro, y en verdad no soy ni aun mio. Mi espíritu huye léjos de mí, como el del Profeta, en el momento que quisiera apoderarme de él para presentarle delante de vuestro trono, y no vuelve aunque le llamo. Sin embargo, en virtud de la palabra que me ha sido anunciada por vuestro Ministro, me atrevo á recibir tan grande Sacramento. ! Ah, Señor, no acuseis de temeridad mi do-

cilidad y mi confianza ! Vos me vais á decir por el órgano del Sacerdote : toma y come : esto es mi cuerpo. ¿ Y será posible que yo me atreva, no digo á acercar mis labios, sino á mirarle, si pienso que ha de convertirse en mi condenacion ? No lo permitais, Dios mio ; yo detesto á todo el que se atreve á comer este pan sacrílegamente, á todo el que os reciba en un corazon manchado por el pecado, en una alma agitada de sus pasiones, y que no ha puesto entre sus crímenes y el Altar sino una confesion superficial ó engañosa. ! Ah, qué infeliz es el que come y bebe su condenacion ! El encuentra la muerte eterna donde debia encontrar su felicidad eterna ; él os crucifica de nuevo en su corazon, y pone á sus pies la sangre de vuestra alianza, y os vende con el beso mas pérfido. Al contrario sucede con el que se presenta en el Altar con un religioso temor, que depone en la piscina saludable ó la enfermedad mortal que tenia oprimida su alma baxo el poder del demonio, ó la tibieza ó la languidez habitual que le causaba su fragilidad. El que aborrece de cora-

zon todo lo que puede desagradaros, que estudia vuestra Ley, y camina sobre sus huellas, éste encontrará la vida eterna. Oh, Divino Jesus, haced que sean estas mis disposiciones, para que yo no encuentre en vuestro Sacramento mi juicio y mi condenacion: haced que este alimento espiritual me sea provechoso, así como lo es el alimento corporal para el cuerpo que goza de salud. Quanto mas considero las necesidades de mi alma, tanto mas deseo hacer uso de esa vianda: mis fuerzas se extenuan; pero Vos podeis repararlas: mi alma se deseca, ella se ve abatida con aflicciones, fatigada con tentaciones imperiosas, desconsolada y llena de amargura; y si Vos la abandonais á sí misma, vendrá sin duda al estado de inanicion, á la semejanza de esos enfermos, á quienes un dolor lento y un digusto continuo van quitando poco á poco las fuerzas, hasta que insensiblemente llegan á dar el último suspiro; pero este pan que deseo con tanto ardor, es el que puede renovar mis fuerzas si ellas me abandonan. Este pan, muy superior al material, alimenta, fortifica y engrasa mi alma: él la re-

jubenece en alguna manera, la renueva, y la comunica un ardor sobrenatural. Este Pan, dice San Agustín, no se transmuta como los demas alimentos, sino que nuestra naturaleza es transmutada en este pan. La sangre de Jesu-Cristo corre en nuestras venas, la substancia de su cuerpo se hace substancia nuestra, y su espíritu anima y mueve todos los resortes del nuestro. Un Cristiano que se alimenta con esta carne adorable, se identifica con Jesu-Cristo, vive de la vida de Jesu-Cristo, habla el language de Jesu-Cristo, y hace las obras de Jesu-Cristo. Este es, segun la intencion del Salvador, el efecto de este Sacramento: efecto admirable y digno por cierto de excitar en nosotros el deseo mas ardiente de experimentarlo. Esto es, Dios mio, lo que ha imaginado vuestro amor para nuestro consuelo. Es verdad que visitasteis el antiguo pueblo con las promesas consoladoras de vuestros Profetas; pero estos consuelos eran solo la aurora del dia que nos preparabais. Vinisteis á habitar entre los hombres, y no os desdeñasteis de conversar y de comer con ellos; pero todo esto no

era mas que el principio de vuestras misericordias. El amor que les tuvisteis os llevó hasta padecer una muerte, y muerte de cruz; pero éste no era el término ni la consumacion de vuestros favores; porque vuestra tierna misericordia nos preparaba todavía nuevas gracias y nuevos beneficios. Es verdad que debiais volver á vuestro Padre para llenar las funciones de Abogado y de intercesor perpetuo; pero tambien era preciso que os quedaseis entre nosotros hasta la consumacion de los siglos para ser en ellos nuestro continuo Protector. ¿Y cuál será el prodigio nuevo que pueda conciliar funciones tan diferentes? La Eucaristía, ese misterio de amor que al mismo tiempo os dexa en el cielo y en la tierra, que os ofrece á nuestras adoraciones como un Dios invisible y como un Dios presente, que abate en alguna manera los cielos hasta nosotros, y nos eleva hasta los cielos. ¡Oh prodigio! ¡Oh bondad de nuestro Dios! ¿Qué es lo que puedo temer en adelante á la sombra de vuestros Altares? Este Sacramento se ha instituido para que sea como un broquel que me de-

fienda de los enemigos, como una muralla de cobre contra el torrente de iniquidades que me rodea por todas partes, y como un lugar de refugio contra la justa ira de mi Dios. Fatigada mi alma de los combates que ha sostenido, viene á tomar aquí nuevas armas para defenderse. Si la guerra es continua, tambien es continuo el auxilio; si todos los dias se ve asaltada con nuevas tentaciones, y afligida con nuevas infidelidades, tambien renovais todos los dias su vigilancia y su fe, y curais sus llagas. Sorprehendida mas de una vez por enemigos artificiosos y poderosos; y al punto precisamente de sufrir el golpe que iba á descargar su malicia, ha dicho volviendo sobre sí: volaré y descansaré á la sombra de las alas de mi Salvador; aquí encontraré mi mas dulce reposo, el apoyo y el defensor de mi inocencia. Mi cuerpo mismo oprimido baxo el peso de sus enfermedades, entregado por la triste condicion de su naturaleza al dolor, á la enfermedad, á los peligros, á la muerte, encontrará consuelos proporcionados á su necesidad. Aquí con una fe viva conseguiré curaciones tan mara-

villosas como las que obraba mi Salvador en los dias de su vida mortal. Una muger temia ofenderle con solo tocar la orla de su vestido, y á mí me permite tocar su cuerpo adorable, alimentarme con su carne sagrada, y beber su sangre preciosa. ¡ Ah ! ¿ No podré decirle, si me aflige alguna enfermedad : Señor, Vos podeis curarme ? Sí, él puede y quiere, si acaso la curacion de mi cuerpo entra en la economía de mi salvacion ; pero si la continuacion de mis males puede contribuir para mi penitencia y para expiar mis pecados, él los aliviara, sino con una curacion perfecta, á lo ménos con nuevas fuerzas para llevarlos, y dará á mi cuerpo la seguridad de una resurreccion gloriosa. Esta confianza me hará llevar con paciencia las ignominias, los tormentos, los dolores y la corrupcion misma ; y por la virtud de este Sacramento le veré resucitar un dia impasible, incorruptible y lleno de gloria ; porque este pan es la fuerza y el apoyo de mi alma y de mi cuerpo. ¡ Ah, qué bien conocia este Médico caritativo la eficacia de sus remedios, quando decia : *venid á mí los que es-*

tais cargados y oprimidos, y os aliviare y consolare. Sí, yo iré á ti, oh Salvador mio, para buscar el remedio de mis males : si las aflicciones me abaten y entristecen, yo te expodré el motivo de mis penas ; uniré á tu Sacrificio el de mis trabajos ; buscaré en tu amor la recompensa de la ausencia y de la separacion mas dolorosa ; me glorificare contigo en todas las humillaciones y abatimientos ; me justificaré contigo de todas las calumnias que me imputan, y me consolare de todas las perfidias é ingratitudes que tanto me atormentan. Apartaos de mí los que quereis consolarme, porque no me ofrecéis en mis tribulaciones sino motivos humanos que á las veces me afligen mas que me consuelan : huid de mí, porque en este Sacramento encontraré yo sin vosotros el verdadero alivio de mis penas. Si el comercio del mundo ha llegado á manchar mi corazon ; si á fuerza de oir hablar con tanta frecuencia el lenguaje de las pasiones se despierdan las mias ; si en un momento que me descuide participo de su malicia y de su corrupcion ; si á pesar de los socorros que me da la fe consigo el

mundo sobre mí algunas victorias, iré prontamente á llorar á los pies de los Ministros, me lavaré en las aguas de la penitencia y en la sangre del Cordero sin mancha; y para recóbrar mis fuerzas, vendré á comer de este pan que da fuerzas y firmeza para andar por los desiertos de esta vida, y beberé de este vino que engendra la pureza y la inocencia, y mi alma encontrará en ellos su curacion perfecta. Los Médicos mas hábiles dan á las veces remedios insuficientes, ó acaso perniciosos, y en muchas ocasiones ni siquiera penetran la causa de nuestros males; pero aquí no temeré ni la insuficiencia del remedio, ni la falta de luces en el Médico que me lo aplica. ¿Qué importa que las enfermedades de mi alma se multipliquen, que duren largos años, y que se hagan peligrosas, si tengo asegurada su curacion y su salud en la sangre que corre de este Altar? Si mis llagas son profundas, el Cordero es el escrutador de los corazones y la luz que debe visitar á Jerusalem hasta en los rincones mas tenebrosos y ocultos. Si mis llagas se han envejecido como las del Profeta,

si anuncian con el hedor que exhalan la corrupcion que contienen, él es el piadoso Samaritano que vierte la uncion de su gracia con el vino de la penitencia y de la caridad; y el pecador que quiera llorar á los pies de la víctima con un corazon contrito y humillado, no solo no merecerá la repulsa, sino que hallará el remedio á sus enfermedades; pero aunque ellas no sean mortales todavía, aunque las heridas de mi alma sean tan ligeras que ni la puedan quitar la vida, ni arrancar del corazon la caridad, no por eso tendré ménos solicitud para procurar mi curacion: yo iré á apagar mi sed en las fuentes de mi Salvador, despertaré mi hambre espiritual con un freqüente uso de este alimento delicioso, fixaré la inconstancia de mi imaginacion y la ligereza de mi espíritu con esta vianda sólida, iluminaré mi fe con esta luciente antorcha, reanimaré mi esperanza en esta prenda sagrada de las promesas, abrasaré mi corazon á los rayos del sol de justicia, y en fin, encontraré el remedio á todas mis dolencias. ¡Oxalá que tantos motivos exciten en adelante el ardor

mas vivo por este alimento invisible, y que yo cifre toda mi desgracia en verme privado de él por causa de mis pecados ! ; Qué dichosas son las almas que pueden alimentarse todos los dias con este pan de los Angeles ! Si un santo respeto, si una justa desconfianza, si un temor saludable á la vista de mis culpas detiene mis pasos, y me impide algunas veces llegar hasta el Santuario, haced, Dios mio, que desaparezcan todos estos motivos ; que mis deseos no se entorpezcan y resfrien ; que las dilaciones mismas aumenten mi amor ; que la privación haga mi fe mas viva, y mi vigilancia mas fiel, y que haga consistir todo mi ardor en deseos, mi felicidad en recibirlos, mi alegría en conservarlos dentro de mi corazón, y mi gloria en poseerlos por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LAS PALABRAS

DOMINE, NON SUM DIGNUS.

PSALMO CXIII.

VERS. I.

*No á nosotros, Señor, no á nosotros :
sino á tu nombre da la gloria.*

QUANTO mas se acerca el momento destinado para la consumación del Sacrificio, tanto mas deben penetrarse los Cristianos de los sentimientos contenidos en estas palabras : *Jesu-Cristo*